

dum constitucional y de las nuevas elecciones para el Congreso de Diputados y para el Senado.

Hay demasiados intereses en juego, en este caso el previsible avance electoral de la izquierda, para dividirse en estos momentos orgánica y electoralmente. Ninguna de las fracciones en pugna plantea ahora abandonar la organización, sino luchar por rentabilizar a su favor la plusvalía política electoral de las siglas comunes. Todo lo más que podría producirse antes de las elecciones sería el abandono personal, o el trasvase a otros partidos, de un grupo de personalidades.

La lucha interna de la derecha pasa hoy, fundamentalmente, a través de UCD, no siendo AP y José María de Arelliza más que francotiradores sin perspectiva alguna. La celebración del primer congreso y, sobre todo, los resultados electorales próximos, determinarán si vamos a seguir con la intermitencia hegemónica que la ha caracterizado este primer año de existencia, o si, por el contrario, un conglomerado de intereses socioeconómico-políticos acabará subordinando al resto de las fracciones. Lo que es fundamentalmente importante conocer en el complicado proceso de consolidación de la democracia que nos espera.

De donde se deduce que es erróneo apostar por el carácter progresista de esta o aquella fracción. Sería confundir los deseos personales con la realidad atribuir a un sector la representación genuina de la derecha democrática calificando a los restantes como retrógrados. Con frecuencia, en nuestra historia reciente hay abundantes ejemplos, se ha atribuido gratuitamente la representación exclusiva de la derecha civilizada a esta o aquella personalidad hoy políticamente olvidada por la evolución de los tiempos, para tropezar en la misma piedra. Quienes apuestan sin base alguna por una persona o tendencia al grito de Fulano de Tal o la derecha "carca", caen en una propaganda doblemente tendenciosa por su carácter de tendencia y de simplificación de la realidad.

Un partido interclasista

Hasta el momento, y con la importante reiterada excepción de Francisco Fernández Ordóñez, en UCD sólo puede hablarse de actitudes personales progresistas en este o aquel tema polémico que no definen a los

impropiamente denominados grupos "progresistas" o "conservadores". Así, si cogemos el tema de la OTAN, Fernando Alvarez de Miranda está a la izquierda del "tándem" Garrigues-Fernández Ordóñez; si analizamos los pactos de la Moncloa, el citado dúo se rompe, e incluso el ministro de Obras Públicas aparece a la derecha de Iñigo Cavero; si nos centramos en la enseñanza, el ministro de Educación está a la derecha de Joaquín Garrigues; si nos fijamos en el debate constitucional, todas cierran filas discutiendo únicamente quién va a negociar con el PSOE, etcétera.

Todo ello muestra la enorme dificultad que encierra analizar lo que es UCD. Sin ninguna duda es una de las principales lagunas analíticas del proceso democrático por cuanto es el partido en el poder, sobre el que ha girado la evolución política y que representa esencialmente los intereses sociales del bloque sociopolítico de la derecha española. Conviene tenerlo muy en cuenta a la hora de seguir el desarrollo de la batalla de los compromisarios que acaba de iniciarse. Porque la principal razón de que ninguna de estas fracciones políticas monopolice el progresismo es que cada una de estas siglas es tan interclasista como el partido en su conjunto. Es decir, la lucha entre fracciones se ve doblada por una pugna menos espectacular que opone núcleos "progres" contra núcleos "conservadores" en el seno de una misma sigla. Ello es lo que explica que la fracción "avanzada" por la mañana sea "retrógrada" por la tarde, y viceversa; dado que hay aspectos en los que, sin dañar sus específicos intereses, puede satisfacer su carácter interclasista, ante la concreta parcela de electorado popular que expresan.

De ahí que no convenga confundir el desarrollo de la lucha vertical en torno a los pactos de la Moncloa, que compromete el carácter interclasista de la organización, con la lucha horizontal de los compromisarios, en la que únicamente se discute qué opción de la derecha dinámica va a ser hegemónica. Es la errónea superposición de ambas batallas la que provoca el error de utilizar calificativos inapropiados para definir el contenido de la pugna. Porque parece claro que trasladar mecánicamente los adjetivos "conservador" o "progresista" de la batalla de los pactos de la Moncloa a la de los compromisarios es una equivocación teórica.

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

EL IDIOMA DEL DISPARATE

ESTOY seguro de que al bien la frase. Decía más o menos que había políticos que desviaban la atención de los problemas españoles hablando de Chile, "con el pretexto de que allí hay cuatro o cinco personas con problemas". No estoy seguro de la transcripción exacta: pero ese era el contenido de la frase que pronunció el señor Fraga Iribarne en la emisión de TVE para el aniversario de las elecciones del 15 de junio. Este énfasis inverso, esta exageración de la reducción, esta ceguera ante la realidad para servir los propios argumentos sigue siendo un vicio español. Quizá es más vicio español que nunca. Un político, un hombre que ha sido varias veces ministro, se queja de que se desborde la cuestión de Chile, y la desborda al revés, reduciendo esa larga tragedia a "cuatro o cinco personas con problemas".

Se leen, se escuchan, cosas sorprendentes. Se puede leer a un profesor, a un sociólogo —Francisco Murillo Ferrol— que dice que "la apatía en un país democrático es síntoma de normalidad" y que el "cierto desencanto" por "la tarea parlamentaria" y por la "imagen de sus protagonistas" es un aspecto de la cuestión que puede considerarse como positivo. Se puede escuchar, al filo de las cuatro de la madrugada, a un locutor de Radio Nacional de España que entrevista a alguien, y ese alguien le dice que no está interesado por la política: el locutor, entonces, lleno de entusiasmo, exclama: "¡Hace usted bien! Esa es una prueba de buen gusto". ¿Puede creerse que desde Radio Nacional de España se exhorte a la gente a no ocuparse de política y se premie su apatía, su desinterés, con el elogio del buen gusto? Con lo cual quedan considerados como gentes de mal gusto todos aquellos que se preocupan de la política de la comunidad.

¿Hemos perdido del todo la razón? Por algún resquicio, por alguna fisura, se nos ha ido el sentido del equilibrio, de la medida. Algo peor, el sentido de la realidad. Como al docto catalán Palau y Fabre que en la reunión del Pen Club, en Londres, se opone a que el castellano sea lengua cooficial, porque es "la lengua del Imperio": como si el francés y el inglés fueran la lengua de la opresión. Como el digno caballero andaluz Emilio Mancera Conde —apellidos castellanos— que se opone a que el castellano sea denominado castellano ("ABC", 16 de junio), porque esa palabra tiene reminiscencias "de conquista, de colonización y de repartimiento de tierras entre la nobleza y la Iglesia y las órdenes militares". Tierras que antes estaban tan excelentemente repartidas entre los bienes habiz, los califas, los chirfas, los ulemas y otros representantes del Islam, que tal vez no fuera un imperio.

El problema serio del castellano es el de que se va convirtiendo en el idioma del disparate. Y no ya en el pequeño disparate que denuncia cada día "Crítico" —Martín Descalzo— en "ABC" de decir "Algido" por culminante, "detentar" por ostentar o "desapercibido" por inadvertido, sino en el vehículo del disparate mental, de la exageración directa o inversa, del disimulo de verdad, del aprovechamiento de la conveniencia propia; en el idioma de la rencilla, de la irreflexión, de lo tendencioso, de lo impremeditado. El idioma en el que la verdad no cuenta.

Culpar de todo lo cual a don Antonio de Nebrija no es más que una pérdida más de sustancia de una entidad mental española, a la que la voladura realizada por la propaganda y el destrozo inmenso creado por el franquismo quizá no le permitan nunca más reponerse.

POZUELO